

VIOLENCIA DE GENERO, EL AGRESOR

Corren tiempos en que la violencia dentro de las familias parece haber aumentado, especialmente dentro de las parejas, de las que a menudo hay noticias de alguna terrible agresión, muchas veces, con resultado de muerte de la víctima.

Pero esto no es algo nuevo, se puede comprobar que ha ocurrido siempre a lo largo de la historia, solo que antes no se denunciaba, no se difundía lo que estaba ocurriendo y, lo que es más triste, no constituía delito grave a los ojos de la ley, sino que quedaba confinado y, muchas veces impune, en la intimidad de las paredes del hogar.

Si actualmente ocurre con mayor frecuencia o con resultados más dramáticos, podemos pensar que se debe, entre otras cosas, a los cambios que se vienen dando en la sociedad durante las últimas décadas.

Las mujeres han ido obteniendo una serie de posibilidades, derechos y libertades de los que antes carecían. Debido a esta nueva circunstancia las posiciones y funciones de hombres y mujeres, que antes estaban perfectamente delimitadas y definidas, se han descolocado. Ante esta situación, hay hombres que no les resulta fácil encontrar su lugar. Han de renunciar, en parte, a un espacio de dominio y preeminencia que antes era exclusivamente suyo y que ahora han de compartir con sus compañeras.

Para algunos hombres estas nuevas condiciones se tornan tan penosas que reaccionan violentamente contra la pareja a la que creen responsable de su sufrimiento. Pero para que se produzca este tipo de reacción es necesario que el individuo tenga una estructura de carácter o una patología psíquica que lo facilite.

El agresor suele ser alguien acostumbrado a hacer lo que quiere sin consultar ni contar con nadie, posesivo, celoso, con pocos recursos para tolerar la frustración y que no acepta perder unos derechos que considera inalienables. Tampoco tiene una idea clara de lo que supone respetar a la persona con la que comparte su vida, admitiendo que es alguien diferente a él, con deseos y pensamientos propios.

A menudo, vive a su pareja como una extensión de sí mismo, en una especie de simbiosis en la que se siente poderoso. Detrás de esta imagen dura y pseudo-fuerte se esconde un ser frágil e inseguro que se aterroriza ante la perspectiva de perder esa persona que, en realidad, constituye su sostén. Solo tenemos que observar que la mayoría de homicidios de mujeres ejecutados por sus parejas ocurren cuando ellas los quieren abandonar o ya lo han hecho.

Los hombres que recurren a estas actuaciones son personas con una gran necesidad de ayuda para resolver sus conflictos, pero también con grandes dificultades para aceptar dicha necesidad ya que les cuesta mucho asumir su precariedad psíquica y su dependencia afectiva.